

NECROLOGÍA

JUAN M. LOPE BLANCH
(1927-2002)

PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO
El Colegio de México

Desde su llegada a México en 1951, y durante medio siglo, Juan M. Lope Blanch ha levantado una obra vasta e influyente, y ha ejercido un magisterio continental que sólo admite parangón con el de los más grandes filólogos del siglo. El valor de su trabajo resalta más todavía cuando se piensa en el más bien ralo o disperso archipiélago de estudios de lingüística hispánica disponibles a mediados del XX acerca de la variedad mexicana del español, y se compara tal estado de cosas con el ahora floreciente desarrollo de la lingüística en México, hispánica e indomexicana.

El propósito de esta nota, entonces, es doble. En primer lugar, recordar, con admiración y respeto, la figura entrañable del profesor, del investigador. En segundo lugar, buscar algunas de las líneas vertebradoras del pensamiento y del trabajo de Lope Blanch, tal como quedan expresadas, me parece, en parte de sus trabajos claves, varios de ellos de enorme influencia en la lingüística descriptiva posterior.

Precisamente, uno de los hechos que más impresionan en el trabajo de Lope Blanch es la conciencia de las tareas de la lingüística descriptiva. Es decir, la idea, de basamento filológico, de que la única o por lo menos fundamental manera de construir el conocimiento lingüístico es disponer de una cronología y una cartografía detalladas, un tiempo y un espacio generales en los que situar los estudios específicos. La manera lingüística de construir esas coordenadas filológicas ha sido siempre la misma: ordenar un corpus y elaborar su gramática (en sentido amplio). Tal es la raíz de que parte el trabajo de Lope, sugerida en todos los grandes proyectos que encabezó, particularmente en los trabajos de geolingüística y de dialectología urbana, esbozada de todos modos en su interés histórico e historiográfico, manifiesta en el estudio de prácticamente todos los niveles lingüísticos en el transcurso de su producción: fonética, lexicología, gramática, análisis del discurso (o gramática discursiva,

RFE, LXXXIII, 2003, 3.º-4.º, págs. 311-318

tal como la practicó). Varias veces hizo explícita su visión del desarrollo de la lingüística en México. En *La filología hispánica en México* (México, UNAM, 1969, 79 págs., entre otros trabajos), planteaba, entre las *tareas más urgentes*, como rezaba el subtítulo, la necesidad de llevar a cabo tres grandes propósitos: el estudio del español traído a México con la conquista, el estudio de la evolución histórica del español en México, y el estudio del español mexicano de nuestra época. Líneas que, como el mismo Lope señalaba, se resumían en el «conocimiento *cabal* de la lengua española en su modalidad mexicana» (pág. 9).

Lope Blanch, como casi todo el mundo en su generación, y como casi nadie hoy, se formó en una tradición que anteponía el método a la teoría —casi afortunadamente, podría apostillarse. Entre los grandes cataclismos lingüísticos del siglo pasado, el trabajo de Lope queda en el umbral del estructuralismo y practica en estas materias un escepticismo muy productivo, pues le permite tratar un arco de problemas difícilmente imaginable en los lingüistas más jóvenes. Esta manera de ver las cosas descende de una visión de los hechos que tiende a ordenarlos no por medio de aproximaciones teóricas, sino por estelas que sólo adquieren sentido cuando se considera la dimensión y el espesor históricos. Todo ello concuerda con el ambiente románico e hispánico en que Lope se formó, al calor de la herencia de la escuela española de lingüística en el entorno de lo que quedó del Centro de Estudios Históricos en la España de postguerra.

Además de la concepción historicista de la lingüística, y la anteposición del estudio de la lengua española a cualquier idea de ciencia lingüística, lo que conduce a la urgencia de descripción minuciosa en todos los niveles, llama la atención la presencia de varios otros principios metódicos. Así, lo que podría llamarse el principio de percepción en el trabajo de recolección de datos, que conduce a dar tratamiento lingüístico en principio sólo a los elementos que son discriminables por los hablantes o por los oyentes. También la importancia concedida a los datos cuantitativos a la hora de emprender las descripciones lingüísticas, hecho que me parece no se ha resaltado lo suficiente a la hora de considerar las aportaciones de la obra de Lope Blanch, y que de alguna manera está en la base no sólo de muchos de sus análisis, sino también en la metodología diseñada para varios de los trabajos más ambiciosos, desde el *Léxico indígena* hasta el *Atlas* mexicano. La interpretación de materiales parece estar guiada en muchos casos por una idea rectora esencial, no exenta de dimensiones ideológicas: la de la unidad en la variedad, que es la que da perfil a su visión del español como cultura y al papel de la lengua española en el mundo. No sé si sea demasiado atrevido decir que el concepto, o instrumento, de polimorfismo, desarrollado a lo largo de cierto número de trabajos de Lope

Blanch, y que algún día deberá merecer un examen muy cuidadoso, sea la plasmación técnica de esta idea general de la unidad de fondo rastreable bajo las aguas a veces torrenciales, a veces remansadas, de la diversidad.

La sensación que produce la lectura de la obra de Lope de responder a un plan cuidadosamente trazado, a un programa de trabajo, es patente, me parece, desde su primer trabajo publicado, las *Observaciones sobre la sintaxis del español hablado en México* (México, Instituto Hispano Mexicano de Investigaciones Científicas, 1953, 139 págs.). No estoy seguro de que la crítica haya acentuado lo suficiente el carácter de piedra angular que tiene este libro, juvenil todavía, en el desarrollo del estudio de la sintaxis del español mexicano. Antes de él, la nómina de trabajos (sobre cualquier aspecto del español) se limita prácticamente a los materiales recogidos quince años antes en la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* (Buenos Aires, 4, 1938, lxi + 526 págs.), a los desiguales artículos de la valiosa pero malograda revista *Investigaciones Lingüísticas* (1933-1938), a un muy reducido grupo de monografías dialectales (aparte de la tesis de Boyd-Bowman sobre Guanajuato de 1949, más dos artículos sobre supuestos restos de lleísmo y sobre vocales átonas publicados en 1952, de la importante tesis de Matluck sobre el valle de México, de 1951, y su artículo de 1952, y de la tesis de Cárdenas sobre Jalisco, del mismo 1953, deben recordarse varios trabajos de Gutiérrez Eskildsen, particularmente el de Tabasco de 1941, el libro de Suárez sobre Yucatán de 1945, la investigación de Cortichs de Mora sobre Tepetzotlán, 1951, y poco más), a las observaciones de los lexicógrafos y a algunos artículos referidos por lo regular a aspectos muy puntuales. En contraposición, los siete capítulos de *Observaciones*, sobre los pronombres, las preposiciones, las conjunciones, los adjetivos y los adverbios, el verbo, la sintaxis de la frase y el vocabulario, en 131 ítems minuciosos, precisos y bien redactados, son las coordenadas para cinco décadas de investigación sintáctica. Hoy, que sabemos mucho más de las repercusiones gramaticales y de la distribución social de muchos de los fenómenos sintácticos allí mencionados, y que sobre algunos problemas se han escrito numerosos artículos e incluso tesis y libros, el texto original no ha perdido nada de su vigencia. Seguramente sigue siendo la exposición más general y completa de la variación sintáctica del español mexicano. Para muchas cuestiones, una buena manera de medir la acumulación, o no, de conocimientos, es tomar como punto de referencia este texto de hace cinco décadas.

La preocupación por caracterizar el léxico mexicano arranca también desde muy pronto. Aparece ya en algunos fragmentos de *Observaciones*, y tras varios artículos (por lo menos dos de 1961) toma cuerpo en el *Vocabulario mexicano relativo a la muerte* (México, UNAM, 1963, 185 págs.) y, sobre todo, en uno de los trabajos más importantes de Lope Blanch, el *Léxico indígena en el es-*

pañol de México (México, El Colegio de México, 1969, 75 págs.; 2ª ed. aumentada, 1979, 97 págs.; una versión previa mucho más reducida se había publicado en 1965). Los rasgos más notables de su manera de trabajar están presentes en este libro: el empleo de copiosos materiales —cuatro millones seiscientas mil palabras, procedentes de 490 informantes, más otros 100 informantes para establecer a posteriori el conocimiento pasivo de los indígenas—, minuciosamente examinados y descritos con la participación de un grupo de colaboradores. Todo ello para formular una de las hipótesis favoritas, predilectas en su producción, el relativamente escaso papel del contacto con las lenguas indígenas a la hora de conformarse el aspecto general del español mexicano. De la misma manera que *Observaciones* produce la sensación de horizonte de trabajo, de puesta en orden de la materia dispersa, es tentador interpretar el *Léxico indígena* como la fragua donde pudieron haber aprendido su modo de operar los cada vez más ambiciosos proyectos de los años siguientes.

El final de la década de los sesenta y el comienzo de los setenta muestran una actividad febril por parte de Lope Blanch, que va a ser la clave para entender el transcurso de casi toda su producción posterior, sólidamente anclada, a su vez y desde entonces, en la visión mantenida sobre la lengua en el momento de eclosión general de la filología hispánica, más allá del seno de la románica, en una época de lingüística todavía más europea que norteamericana. De 1968 son *El español de América* (Madrid, Alcalá, 150 págs.) y el prólogo y edición del *Cuestionario provisional para el estudio de la norma lingüística culta...* (México, UNAM - El Colegio de México, 506 págs.). En 1969, además del *Léxico indígena*, ve luz el citado *La filología hispánica en México*. En 1970 aparece el *Cuestionario para la delimitación de las zonas dialectales de México* (México, El Colegio de México, 86 págs.), y en 1971 sale uno de los libros más empleados y citados en los trabajos de lingüística descriptiva elaborados en México y en otras partes en los últimos treinta años: *El habla de la ciudad de México: Materiales para su estudio* (México, UNAM, 447 págs.) —con textos cuyo contenido, de tan citado en múltiples ejemplos, termina pareciendo una larga serie de vidas paralelas de los habitantes de la capital mexicana (habrá que esperar a 1976 para que salga, especularmente, *El habla popular de la ciudad de México: Materiales para su estudio*, México, UNAM, 464 págs.; de 1978 es el *Léxico del habla culta de México* —véase también su *El estudio del español hablado culto: historia de un proyecto*, México, UNAM, 1986, 215 págs.; de 1990 es *El español hablado en el Suroeste de los Estados Unidos: Materiales para su estudio*, UNAM, 333 págs. En 1995 aparece *El habla popular de la República Mexicana: Materiales para su estudio*, El Colegio de México - UNAM, 691 págs.). Por fin, de 1972 es el para mi gusto mejor y más interesante de los libros de Lope consagrados a reunir artículos y

ponencias dispersos: los *Estudios sobre el español de México* (México, UNAM, 177 págs.; hay una segunda edición revisada de 1983 y una reimpresión de 1991). Contiene este libro, entre muchos otros trabajos importantes, uno de los escritos más amenos y provocadores de toda la dialectología hispánica, «En torno a las vocales caedizas del español mexicano» (págs. 53-73; había aparecido unos años antes, en 1963-1964, en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*). Unos años posterior es *Investigaciones sobre dialectología mexicana* (México, UNAM, 1979, 201 págs.; hay una segunda edición de 1990), que incluye el mejor trabajo de geolingüística escrito en México y, si viniera al caso el comentario de este lector, uno de los mejores y más logrados de Lope Blanch, «El léxico de la zona maya en el marco de la dialectología mexicana» (págs. 59-132).

Los libros de este período, junto al resto de su producción en forma de artículos, ponencias y reseñas, muestran en forma madura lo prefigurado en los primeros trabajos. No es necesario comentar la inmensa importancia que ha tenido el proyecto de la norma culta, propuesto desde 1964. No sólo ha proporcionado materiales comparables de latitudes distantes y ha estimulado la aparición de un número ingente de trabajos descriptivos. Debe resaltarse su capacidad catalizadora. Nunca antes tantas universidades habían colaborado alrededor de una misma idea. En México, donde se publicaron materiales de la llamada norma culta y también del habla popular, el objetivo era dialectológico e incluso filológico, y no sociolingüístico, aunque pueda verse el material desde esa perspectiva.

Estudios e Investigaciones son sólo los volúmenes señeros de una larga serie de libros publicados en la UNAM para recolectar la casi innumerable lista de artículos y ponencias escritos por Lope acerca del español de México, de América y de España (*Estudios de lingüística española*, 1986, 187 págs.; *Estudios sobre el español de Yucatán*, 1987, 137 págs.; *Estudios de lingüística hispanoamericana*, 1989, 244 págs.; *Nuevos estudios de lingüística hispánica*, 1993, 206 págs.; *Ensayos sobre el español de América*, 1993, 288 págs.; *La lengua española y sus problemas*, 1997, 167 págs.; *Español de América y español de México*, 2000, 292 págs.). Mención aparte merecen los volúmenes dedicados al *Análisis gramatical del discurso* (también UNAM, 1983 y 1987, 254 págs.), *El habla de Diego de Ordaz. Contribución a la historia del español americano* (UNAM, 1985, 233 págs.), *Estudios de historia lingüística hispánica* (Madrid, Arco/Libros, 1990, 225 págs.). En *Análisis gramatical*, Lope incluye varios de los trabajos que dedicó al problema de crear una sintaxis discursiva. La advertencia señalaba que trataba de «hacer un sencillito experimento de análisis sintáctico en torno a la lengua española, atendiendo a algunos de sus diversos niveles de expresión y a algunas de las distintas épocas de

su historia». A juzgar por la cantidad de páginas que a lo largo de los años dedicó al problema, da la impresión de tratarse de algo más que un experimento. De hecho, podría verse como un intento de cartografiar un nivel lingüístico opaco para la gramática tradicional. Puede que la crítica que en ocasiones se ha hecho de este tipo de aproximaciones, acerca de ser un poco esquemáticas, no sea del todo injusta, pero hay que reconocer que abren un camino interesante para una caracterización mucho más estricta de la construcción del discurso.

Los trabajos dedicados a Diego de Ordaz son como la punta del iceberg de las preocupaciones de Lope Blanch por caracterizar la historia del español mexicano. Tienen de alguna manera su paralelo en una serie posterior dedicada a Hernán Cortés y su tiempo (sobre el sistema fonológico, la toponimia amerindia, los nexos temporales y la estructura de la cláusula en las cartas). Desde 1966, Lope había perfilado la idea de un proyecto internacional para estudiar diacrónicamente el español americano. Pero, como él mismo señala, el fetichismo de la sincronía postergó la posibilidad de que el proyecto arrancase hasta 1988 («El estudio histórico del español de México», *Lingüística*, 12, 2000, págs. 291-292). Siguiendo las huellas de Lope, un grupo importante de investigadores ha permitido crear en la Universidad Nacional una ya sólida tradición de estudios históricos. Como sea, el trasfondo histórico signa la mayor parte de los trabajos de Lope Blanch, que participan de la concepción historicista del lenguaje y de las lenguas.

Son innumerables sus trabajos y ediciones sobre gramáticos clásicos (Nebrija —véase en particular los trabajos reunidos en *Nebrija cinco siglos después*, México, UNAM, 1994, 118 págs.—, Valdés, Villalón, Texeda, Covarrubias, Bello, Benot, entre muchos otros). Parte de ellos se incluyen en *Estudios de historia lingüística hispánica*, pero parece haber sido una preocupación constante a lo largo de su vida académica. Hay en todo momento un esfuerzo por justipreciar la tradición, y remitir a sus antecedentes ideas que parecen nuevas y no lo son tanto. Quizá la polémica acerca de la sociolingüística, vista en lo esencial como dialectología, sea buen exponente de esta actitud.

Otra de las claves para entender la forma de trabajar de Lope Blanch es atender a su manera de hacer gramática del español (otra cosa es la dialectología sintáctica, tal como se planteaba ya en *Observaciones*). Su acercamiento puede reconstruirse a partir, sobre todo, de tres trabajos importantes en el conjunto de su producción: *El concepto de oración en la lingüística española* (México, UNAM, 1979, 112 págs., hay una 2.ª ed. de 1984), que es quizá el trabajo medular, el ya mencionado *Análisis gramatical del discurso* (1983 y 1987) y *La clasificación de las oraciones: historia de un lento proceso* (México, El Colegio de México - UNAM, 1995, 107 págs.). Precisamente, en la «Recapitulación» de este último volumen expresa lo siguiente: «nunca he tenido el atrevi-

miento de pensar en escribir una gramática de la lengua española, pero como profesor de esta asignatura en la Universidad Nacional de México desde 1952, he tenido que organizar un método de enseñanza de la sintaxis oracional que he venido exponiendo en mis clases y que, en buena medida, ha quedado recogido en las páginas iniciales de mi libro sobre el *Análisis gramatical del discurso*» (pág. 91). De hecho, las últimas páginas de *La clasificación de las oraciones* están dedicadas a resumir sus decisiones al respecto. Quisiera aventurar dos ideas que acoten el acercamiento de Lope a la gramática, por más que hacerlo entrañe simplificar las cosas. La primera, que el eje de sus preocupaciones gramaticales ha sido en la mayor parte de los momentos la oración, que buena parte de las preocupaciones intra- o supraoracionales, cuando van apareciendo en sus trabajos, pueden derivarse del examen de la categoría oracional. La segunda idea es que no hay una línea divisoria nítida en los análisis de Lope Blanch entre hacer gramática y hacer historiografía gramatical. Esto último puede leerse de varias maneras: preocupación por rastrear las ideas hasta sus fuentes, respeto a la tradición, diálogo con los grandes gramáticos, del pasado o del presente. Si algo hubiera de apropiado en esta caracterización de su trabajo, no resultaría extraña esta doble dimensión aproximativa, pues precisamente el concepto de oración es uno de los pilares de la reflexión gramatical de cualquier época. Bajo esta perspectiva, no sólo los hechos lingüísticos adquieren sentido al considerarlos a la luz de su volumen histórico. Las propias ideas lingüísticas están inmersas en el tránsito de la historia.

La obra de mayor envergadura de Lope es también la más importante llevada a cabo en el campo de la lingüística en México. El *Atlas Lingüístico de México* (El Colegio de México-UNAM, 1990-2000, 6 vols.), como suele ocurrir con las grandes empresas geolingüísticas, tuvo un extenso ciclo de vida. La etapa preparatoria comenzó hacia 1967 y el último volumen se publicó hace poco. En varias ocasiones se ha hecho referencia a sus novedades metodológicas —la consideración de varios informantes por localidad, principalmente— y a sus aspectos más discutibles —su cuestionario específico dificulta la comparación con los resultados de otras investigaciones geográficas. Como sea, hay un antes y un después en el conocimiento de la realidad dialectal mexicana. Sin duda, nuevos atlas regionales deberán encontrar un marco apropiado en el *ALM*, pero mientras llega ese día se dispone hoy por hoy de un recuento formidable que apenas se ha comenzado a analizar.

La repercusión de Lope Blanch en la lingüística es invaluable. Son raros los hispanistas que en México no han tenido contacto con él, y muchos de los que ahora descuellan son alumnos suyos. Ha sido fundamental su papel en el continente, en especial a través de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina, en cuyo seno puso en obra o promovió varios de los gran-

des proyectos internacionales hoy vigentes. Lope no fue miembro de Academias de la Lengua (como solía subrayar con una sonrisa). Entre 1991 y 1992 se publicó su homenaje (*Scripta philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*, en la UNAM, en tres volúmenes).

Si algo da idea de la personalidad de Lope Blanch es su trabajo abnegado y permanente para las revistas filológicas. No sólo es el fundador, el director y el alma del *Anuario de Letras*. Su participación en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* es realmente singular. En los *Índices* de la revista, que incluyen las referencias de los volúmenes 1 a 44, de 1947 a 1996, aparecen veintitrés artículos y nada más y nada menos que ciento una reseñas, contribuciones a las que habría que sumar las de los años posteriores. Nada habla mejor del apego a una revista que la entrega permanente de reseñas.

Lope pasó la mayor parte de su vida académica en la Universidad Nacional Autónoma de México, en primer lugar y, en segundo término, en El Colegio de México. Por el Colegio podía verse con casi imperturbable puntualidad las mañanas de los martes y de los jueves, en su oficina contigua a la sala del *Atlas Lingüístico de México*. Siempre tenía tiempo para atender cualquier consulta. Su agudeza era mucha, y siempre se mostraba cortés y atinado. No es difícil imaginar el trasiego de actividad que durante muchos años debe haber llenado el Seminario de Dialectología. Al visitar en estos días la sala del Atlas, ya publicado y cerrado el proyecto, un hálito de nostalgia parece adherido a las páginas de los cuestionarios y a los cientos de grabaciones. No hace falta ser muy sensible para añorar las sosegadas o quizá emotivas mañanas que dieron vida a búsquedas incesantes por un México pretérito, y andar en el celo de si las viejas preguntas no serán exactamente las mismas que las de ahora.

La actividad de don Juan fue incesante casi hasta el último momento. En los días en que estoy escribiendo esta nota me llaman de la Universidad para dictaminar un libro póstumo suyo. Suena extraño pensar en *dictaminar* estas páginas. Pero son los vientos de esta hora, y me siento afortunado por ver el libro antes que la mayoría. Se titula *Cuestiones de filología española*. Siempre me he preguntado por qué muchos de los libros de Lope se titulan de manera tan arduamente parecida. Quizá, dada la continuidad de los temas, se trate de un solo libro dividido en muchos volúmenes.

Lope Blanch partió hace muchos años de Madrid y del Consejo. Ha sido el lingüista más importante de México en el siglo XX. Deja una inmensa herencia. Toca ahora aprovecharla hasta sus últimas consecuencias.